

Fotocracia (Artículo para la revista Effetto Arte)

Verano.

El tiempo en el que abandonamos nuestra morada por un lugar otro, cualquiera.

También el artista viaja, en medio de los demás fugitivos, y observa el éxodo posatómico.

Por los bellos callejones italiotas todo es un plató de hombres y mujeres que se fotografían mutuamente poniéndose en pose a fuerza de gritos; las imágenes así producidas parten de los teléfonos para alcanzar los aparatos de otras personas, presumiblemente ocupadas, a su vez, en inmortalizar a parientes ante paisajes exóticos.

Si se pudiera trazar este tráfico de recuerdos visuales se descubriría que estamos accidentalmente presentes en las fotos de las vacaciones de muchas otras personas y que nuestras imágenes se usan para describir las vacaciones imaginarias de empleados de centros de llamadas.

De los Alpes a las pirámides el rapto instantáneo contagia a cualquiera: debemos producir la prueba probada de haber estado de veras en este lugar hoy; todos deben saber que estamos disfrutando de la vida, hoy.

¡Atascamos nuestras memorias digitales, llenamos nuestros discos duros de imágenes de nuestra felicidad mundana!

Aunque sea cierto que todo ha sido ya fotografiado al menos una vez, estamos seguros de que no ha sido fotografiado por nosotros, y con eso nos basta.

Documentamos para la posteridad, para la historia, a futura memoria digital.

Nacen espacios virtuales de intercambio en los que podemos contar nuestra vida vacacional en imágenes, nuestras hazañas, nuestras conquistas, nuestra mirada sobre el mundo en pausa; vendemos nuestra imagen imaginaria de nosotros mismos.

Intentamos mostrarla a cuantos más podamos, compartimos, promocionamos las imágenes de nuestras vacaciones como si fueran productos, embelesamos a los desconocidos con el fin de convertirlos en nuestros seguidores: quien me ame que me siga.

Mi felicidad, mi diversión, mi solaz, los vendo al precio de un instante de tu tiempo, el que necesitas para decir que te gusta, que aprecias, que quisieras conocerme.

¿Qué queda de este inmenso tráfico de información visual de pésimo gusto?

Nada.

Somos nosotros mismos quienes borramos la mayor parte de las tomas que nos habían parecido fantásticas: en una se ve que hemos engordado, en otra la sobrinita ha hecho los cuernos, y en ésta un artista cretino ha pasado por delante del sol que se pone.

Sólo una parte mínima acabará en nuestras redes sociales, donde permanecerá por los siglos de los siglos, imborrable, Amén.

Más que los quince minutos de popularidad, es una vida entera pasada describiendo cómo

nos gustaría ser, cómo nos gustaría vivir, cómo querríamos que nos vieran los demás.

En otro tiempo se podía apear la existencia de amigos y parientes con la proyección de veinte carretes de diapositivas; los más audaces habían producido en vacaciones un vídeo en formato VHS, con comentario sonoro leído por el guía turístico; hoy la fotografía y el vídeo documental son gratis, como la democracia.

Todos pueden fotografiar, filmar, votar, formar partidos políticos, y lo hacen de verdad, sin vergüenza, al margen de su cultura o competencia.

El artista observador, analizando a fondo la situación, se da cuenta de que sólo existen cuatro soluciones para disfrutar de un panorama o visitar un monumento en este período:

A) Buscar la foto del panorama o del monumento en internet.

B) Levantarnos a las cinco de la mañana —y alguno lo hace, pero no los artistas, que son demasiado perezosos.

C) Ir al bar a leer un buen libro de ciencia ficción.

D) Irse a vivir a Corea del Norte.

Mientras meditamos sobre qué hacer, una chica le hace una foto a una amiga que se está fotografiando sola; las campanas suenan a rebato; hoy ha muerto otro arte, y los fotógrafos alcanzan a los pintores en el edén de los inútiles maravillosos tozudos de antaño.

¿Llegará una joven virgen a repensar desde cero la idea misma de fotografía?

¿Una providencial lluvia solar destruirá el mundo digital devolviendo la dignidad al artista fotógrafo?

Podemos simplemente tranquilizarnos con la certeza de que la memoria digital sobre la que guardamos nuestras imágenes no llegará íntegra a los arqueólogos del año 4000, impidiendo a los historiadores marcar nuestra época como la más patética de todas.

En la escuela nos vemos obligados a tragarnos lecturas desgarradoras y visiones aberrantes de épocas sepultadas, y ello sólo a causa de la inmortalidad del papel y del papiro; nuestra época, por el contrario, produce cantidades desproporcionadas de información inútil que se autodestruye en un inconsciente acto de ecología profunda.

Luca Motolese · Siracusa 2017

motolese.com — Texto original en italiano